

La fotografía de Juancito

POR ANA LORENA SÁNCHEZ OTERO

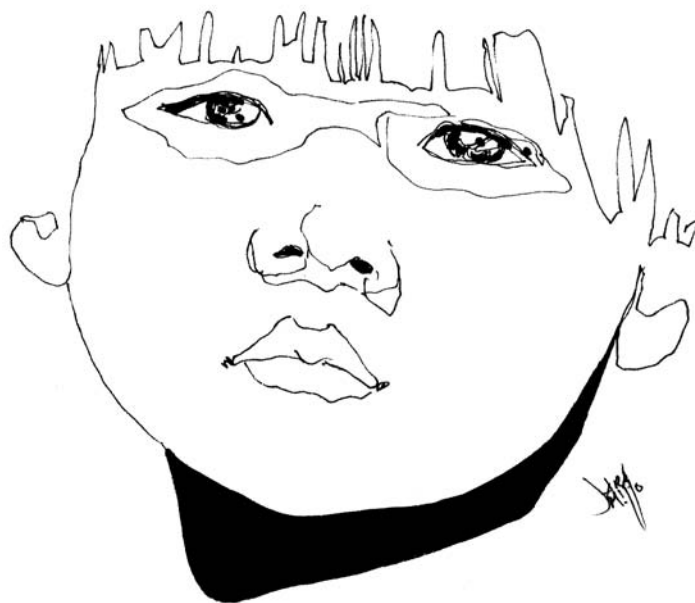
Aquel día parecía uno más para Juancito, estaba dando de comer a las gallinas, como cada mañana. Juancito lanzaba con mucha energía un puñado de maíz, las gallinas reaccionaban asustadas, pero rápidamente se recuperaban e iniciaban un frenético picoteo, que Juancito observaba con mucho cuidado, tratando de entender la naturaleza de este animal, que como otros de la finca y del monte le causaban mucha curiosidad. Así Juancito aprendía de primera mano en esta maravillosa escuela, observando y pensando. Lanzaba otro puñado de maíz con fuerza y se repetía de nuevo aquel ritual mañanero. Juancito estaba observando el comportamiento de las gallinas con suma atención como siempre; cuando desde la cocina de su pequeña casa de madera, escuchó la voz de su madre que gritó, -Juancito alístese, que lo vamos a dejar con su tía Selsa.

A Juancito se le había olvidado que sus padres saldrían a la ciudad ese día, debían comprar algunas cosas que no vendían en la tienda del pueblo.

Lo dejarían como siempre con su tía Selsa. Ella vivía frente a su casa, a unos 300 metros. Era la casa más cercana. Ambas rodeadas por una hermosa finca de tierras fértiles y abundante agua.

Juancito tiene cinco años y todavía no va a la escuela, es un niño grande y fuerte, que aparenta unos ocho años.

Le lanzó Juancito a las gallinas, de un solo golpe, todo el maíz que quedaba en su totuma y salió corriendo hacia la casa.



Entró por la cocina, mientras que su padre ya estaba parado en la puerta de enfrente apurándolos a él y a su madre. Sólo logró cambiarse su sucia camisa de trabajo por una recién planchada y se dejó los pantalones cortos que eran los únicos que le permitían utilizar a un hombre de su edad.

Como era costumbre, se fue sin zapatos, pues sólo se usaban para acontecimientos importantes.

Siguió despacio a sus padres, como si lo arrastraran. Miraba el suelo. Así sin levantar la mirada, sólo siguiendo el camino marcado por la costumbre, llegó a casa de tía Selsa.

-Selsa, gritó Aminta.

-Mande, comadre-, contestó una voz desde lejos.

-Aquí le dejamos a Juancito, que nos vamos pa' David.

-Déjelo comadre no se preocupe -grito la voz desde lejos nuevamente.

-Vaya pa' adentro, Juancito. Pórtese bien y no se atuelle, dijo la madre.

-Vámonos, Aminta -dijo Pedro, un poco desesperado, no entendía por qué a su mujer le tomaba tanto tiempo salir de casa.

Aquel día parecía uno más. Nada especial. Lo mejor del día, para Juancito, sería la comida de tía Selsa, porque no sabía igual a la de su madre; además, ayu-

daría en los quehaceres de la casa y al terminar jugaría con sus primos, pero eso lo hacía todos los días. Al anochecer volverían sus padres y le contarían a su tía las nuevas de la ciudad. Él se quedaría muy callado escuchando cada detalle y armando en su cabeza sus propias imágenes a partir de aquellos relatos. Si llegara a sobrar dinero, comprarían algo nuevo para él, pero ya había aprendido a no hacerse ilusiones, pues la mayor parte del tiempo, el dinero estaba contado para las compras.

Juancito estaba ayudando a su primo Anel a recoger leña para la tía Selsa, que desde temprano preparaba el fogón para los frijoles, cuando se detuvo. Había un sonido fuera de lo normal, que lo hizo despertar. Ladeando la cabeza escuchó con cuidado; era el motor de un automóvil. Soltó la leña y con mucha emoción, se dirigió corriendo hacia el frente de la casa. Pocas veces llegaban automóviles por aquel lugar. Cuando su familia necesitaba transportarse, caminaban unos 25 minutos hasta la estación del tren o usaban el lomo de algún caballo.

Cuando Juancito llegó al patio delantero, se detuvo de golpe, su rostro se iluminó lentamente, sus ojos se abrieron como en cámara lenta, dejando ver aquella pupila café claro, y en su boca muy abierta se dibujaba poco a poco una sonrisa, agregando una compleja expresión, un tanto graciosa pero hermosa al mismo tiempo.

Era el tío Manuel, llegaba desde muy lejos; desde la ciudad de Panamá a visitarlos. Hacía unos pocos meses, el tío Manuel se había comprado un automóvil de segunda, era un Ford de 1947. Con cinco años de uso, pero muy bien cuidado. El tío se había ido a la ciudad antes que Juancito naciera, pero Juancito lo recordaba muy bien porque siempre volvía para Semana Santa.

-Mira, Anel, un carro, gritó Juancito cuando pudo reaccionar.

Anel, no se detuvo, rebasó a Juancito, quien al ver esto, arrancó a correr nuevamente y no paró hasta que llegó al carro, donde ya estaba Anel pegado a la ventanilla, mientras su tío lo saludaba, tocándole la cabeza, a diferencia de Juancito, Anel era un niño pequeño, pero también alegre y vivaz.

La tía Selsa llegó un poco después y sorprendida pero alegre recibió al inesperado visitante.

-Toño y Aminta salieron a David, dijo Selsa.

Los mayores siguieron conversando y poniéndose al día de los acontecimientos, de uno y otro lado de la familia, mientras Juancito muy alegre escuchaba las conversaciones, sin entrometerse por supuesto, como le corresponde a un niño de su edad.

Juancito y Anel se fueron a recoger naranjas para brindarles un refresco al recién llegado y además, a buscar una cabeza de árbol pan. A tío Manuel, le encantaba y en Panamá no se conseguía.

Cuando Anel y Juancito estuvieron de vuelta, tío Manuel, tenía en sus manos una cámara fotográfica, esta era apenas la tercera vez que Juancito veía una, la primera vez fue en una boda, y la otra en casa de su tía Lucila, la única ocasión que había salido a la ciudad, desde que tenía memoria.

Tío Manuel les pidió a todos que se acercaran para hacerles una fotografía, pero Juancito se quedó a lo lejos. Mientras, tía Selsa se fue a la casa para arreglarse un poco y ponerse perfume, siempre se ponía perfume antes de tomarse una foto. A Juancito esto no le parecía extraño, las fotografías eran para siempre, y más que imágenes, su Tía Lucila le había contado, aquella primera vez que vio una cámara, que ellas atrapaban todo lo que tenían en frente, y para Juancito todo era todo, y la tía Lucila no mentía. La fotografía se convirtió en un gran acontecimiento. Anel, corrió a cambiarse y buscar sus zapatos. Aparecieron Leticia, Selsita, Daniel, uno a uno todos sus primos, que hasta hace poco estaban sumergidos cada uno en un quehacer, todos ataviados con sus mejores galas.

-Juancito, ven para acá tienes que salir en la foto, dijo tío Manuel.

Juancito negó con la cabeza.

-Ven acá muchacho, no seas cimarrón. Dijo, el tío con autoridad.

Juancito se acercó tímidamente y despacito, como si lo castigarán.

-Ponte ahí, que vamos a tomar la foto. Dijo, cariñoso el tío Manuel.

Poco a poco el rostro de Juancito empezó a transfigurarse, su boca empezó a temblar, sus ojos parpadaban más de lo necesario. Trataba de contenerse como un hombre de cinco años, pero el sentimiento era más fuerte que él, y entre sollozos contenidos salieron un par de lágrimas.

-Hombre, dijo el tío Manuel, -¿qué te pasa?
Juancito, con mucho esfuerzo, porque no quería llorar pero no podía evitarlo, dijo -no traje mis zapatos.

-El tío Manuel rio y dijo -anda muchacho anda, anda, busca tus zapatos.

Juancito tragó y sus ojos brillaron, y corrió lo más rápido posible hacía su casa, solamente miraba el camino polvoriento por el que había venido más temprano con sus padres, el tiempo parecía eterno, Juancito quería salir en esa fotografía -una foto, pensaba, mientras miraba el suelo y corría en busca de su único par de zapatos.

Llegó a la casa y abrió la puerta, no había llaves o cerraduras, no había ladrones o nada que robar. Empezó a buscar por todas partes, debajo de las viejas camas, en la pequeña cocina, en los baúles, pero no encontraba los zapatos. Se subió en una silla y revisó arriba de los estantes, pero los zapatos no aparecían. Juancito conocía a su madre, seguro había escondido los zapatos para que no se los pusiera sólo para ensuciarlos.

Derrotado, se sentó en el borde del piso que rodeaba la casa de madera, sus pequeños piecitos descalzos, de hombre de ocho años, aunque tuviera cinco, colgaban, mientras lloraba amargamente. Lloró y lloró, mientras cuidaba que no viniera nadie. Cuando sintió que no podía llorar más, se lavó la cara con un poco de agua que tomó del cántaro de la cocina y volvió despacio por el viejo camino a casa de tía Selsa. Llegó con la cabeza agachada.

-No encontré los zapatos tío, dijo, sin levantar la mirada.

-Ponte allí para que salgas en la foto, qué importan los zapatos, dijo tío Manuel muy sonriente, mientras zarandeaba a Juancito, tratando de animarlo.

Allí estaban todos, frente a aquella casa de madera construida al estilo Chiriquí Land Company. Selsa, Daniel, Anel, Selsita, Leticia y Juancito, quien sólo un segundo antes que su tío presionara el obturador, sonrió. En la fotografía su cara salió resplandeciente; con la luz de la inocencia.

ANA LORENA SÁNCHEZ OTERO. Chiriquí, 1976. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP. En 2004, Mención de Honor, en el III Certamen Internacional de Editorial Nuevo Ser, categoría cuento breve.

Resoluciones

POR CARLOS GÓMEZ

Desde aquí la ciudad tiene un aspecto diferente, los sombríos atardeceres parecen adornados con nubes de oro mordidas por el sol, algo que nunca había visto antes. Las gotas de lluvia caen de los techos congeladas en el tiempo y los charcos de la carretera que reflejan las luces de la calle tiemblan al ver el cielo ser conquistado por la noche. Aún los rincones más oscuros, donde la tarde se ha ido más rápido, dejan de ser los nidos de ratas de siempre, para volverse solo depósitos absurdos e irreconocibles de hojas muertas por el invierno, todas las demás hojas vuelan siguiendo su rumbo por las calles hasta terminar ahí, en el olvido, sin pulso, pálidas. El único ruido que se escucha son los autos al pasar sin ir a ningún lugar, el camino que se extiende entre los grises edificios y el vapor de las alcantarillas se prolonga hasta el horizonte y los lleva al infinito, el vértigo es el único sentido...

...Y lo puedo ver, caminando por las calles inexistentes de sus delirios, perdido, acogido a sus pensamientos, resguardado del frío de la noche por medio de laberintos tejidos en base a elucubraciones sobre su futuro o la falta del mismo. Lo puedo ver y aunque parece él, no es sino la sombra de un pasado vencido, de un sueño rendido, por eso es que parezco saber sólo lo que me han contado. Aunque lo conozco bien, su voz aún resuena en mis oídos y su silencio contrae mi corazón. Tal vez no recuerda quién soy, pero ni yo recuerdo quién soy, porque la espiral en la que estamos girando nos ha robado la identidad.

Esta tarde de invierno es igual a aquella en la cual lo conocí, cuando lo vi empapado de alcohol en la esquina del bar. Juro que las calles se ven